

tablecerla y persuadirse de ella: ¿qué será cuando se trata de una reunion de pruebas mutuamente sostenidas y que se dirigen todas á convencernos de esta grande verdad?

CAPITULO PRIMERO.

Prueba que se funda en la espiritualidad.

388. Hemos demostrado en la seccion primera que el alma es espiritual, y esta es una verdad, cuya inmediata consecuencia es la inmortalidad. El cuerpo humano se destruye, porque estando compuesto de partes y siendo capaces estas de nuevas combinaciones, es muy fácil que separadas aquellas unas de otras, ó combinadas con alguna sustancia capaz de perturbar é impedir el uso de los órganos, ó las funciones animales, produzcan la destruccion del cuerpo y hagan cesar la vida. ¿Y podremos formar el mismo raciocinio respecto del alma? Esta es simple, es inextensa: como simple no tiene partes que se disuelvan; como inextensa es incapaz de combinarse con una sustancia extensa, y por tanto es incapaz de perecer por la separacion, ó agregacion de las partes: luego el alma es inmortal por su naturaleza.

CAPITULO SEGUNDO.

Pruebas tomadas de las potencias de nuestro espíritu.

389. Las potencias admirables de nuestro espíritu llevan impreso en sí mismas y en sus obras el sello glorioso de la inmortalidad. La noble facultad que tenemos de espiritualizarlo todo, digámoslo así, con-

servando fielmente en el alma el número, la variedad y las relaciones que alcanzamos de los objetos materiales que hai en el Universo, está en abierta contradiccion con la hipótesis grosera del aniquilamiento del alma. Por siglos es preciso contar la duracion de la materia: por espacio de casi seis mil años el sol y la luna prosiguen su curso constante, la naturaleza continúa subordinada á las mismas leyes, y un solo átomo de materia no ha perecido. ¿Y el sugeto en quien reside el pensamiento, este poder soberano que subyuga, por decirlo así, todo lo criado; que gobierna la materia; que todo lo somete al imperio de la razon humana, habia de perecer, y esto despues de algunos años? Suposicion absurda, que desmiente nuestra conciencia. Esta me dice que soi algo mas que la materia inerte, y que mi alma verá la destruccion universal, sin quedar sujeta al naufragio comun. (1)

390. La facultad que se nos ha concedido de extender nuestros conocimientos mas allá del Universo; la noble y vasta carrera abierta á la imaginacion, carrera sin límites, que ella prosigue al través de la inmensidad, del espacio y del tiempo, y á pesar de su imperfeccion; los descubrimientos admirables que debemos á la filosofía; las invenciones prodigiosas con que de tiempo en tiempo sorprende el arte al hombre y á la naturaleza; el sublime poder de elevarnos al conocimiento de Dios y á la contemplacion de su grandeza: he aquí las obras del pensamiento. Quitad

(1) *Mas superior al tiempo y á la muerte,
Mi alma, verá del mundo la ruina,
A la futura eternidad ligada.*—HEREDIA.

al alma su inmortalidad, y todo esto queda inexplicable. ¿No es cierto que solo al pensamiento ha sido dado, no ya computar el transcurso de los siglos, sino reunir en un punto los dos extremos del tiempo y abismarse en el profundo seno de la eternidad? ¿Qué otra criatura que el hombre ha podido comprender el sentido de esta palabra, y servirse de ella contra los embates de la adversidad, la inconstancia de los hombres y los caprichos de la fortuna? Sin duda, es preciso confesarlo, sin duda alguna, no puede estar reducida á los estrechos límites de un corto número de años este ser augusto, que al solo impulso de su voluntad, transpone el espacio en que giran los soles, á fin de retirarse de los términos del mundo; desdefía todo lo que se mide y numera; y se lanza sin esfuerzo á las regiones infinitas á donde no puede alcanzar la mano del tiempo. (1)

391. Un supremo admirador de la antigüedad finge hallarse junto al sepulcro de los Scipiones: su

(1) *Los lazos que me ataban á la tierra,
Aflojarse sentía; y libre el alma,
Lanzábase, dejando atrás los siglos,
Al espacio sin límites.....; Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
A aquella inmensidad!.....*

*Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tu lloras; tu que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.*

MARTINEZ DE LA ROSA.

imaginacion ardiente hace salir de sus tumbas á los ilustres muertos que en épocas lejanas animaban la escena de Roma: siente hallarse al frente de Ciceron: la presencia de este grande hombre le recuerda los triunfos de su genio; y la inmortalidad del alma viene en auxilio de su razon, para explicar el contraste que resulta de las destrucciones del tiempo y la conservacion eterna de los pensamientos antiguos. „Que «el tiempo devore á su arbitrio, dice, las obras de «piedra y de barro, nada importa: ellas al fin se repro- «ducen bajo la mano poderosa de los Soberanos; y «las obras maestras de un siglo son á veces excedidas «por las de otro, como lo vemos aun en nuestros dias; «pero lo que no puede ni tocar siquiera la guadaña del «tiempo son las producciones del alma, que no está «en el poder del oro y la grandeza crear ó destruir. «¡Ah! ¿Qué nos importa la pérdida de algunos már- «moles, el desmoronamiento de algunos muros, cuando «poseemos la mayor parte de tus ilustres escritos, «cuya lectura bastaría por sí sola, en defecto de «otras pruebas, para convencer á todo hombre sen- «sato de la inmortalidad de la sustancia que los ha «producido? ¿No es en efecto absurdo el creer que «aquella inteligencia sublime que respira bajo tu plu- «ma es el resultado de una materia vil, que no bien «ha llegado á su desarrollo en la edad madura, cuando «ya declina rapidamente á la vejez y se reduce á «polvo en el sepulcro?» (1)

392. Cuando nos detenemos á observar con mas ó ménos espacio lo que se verifica en la especie animal,

(1) *Verry, Nuits Romaines, 5.º nuit, 6.º entret.*

á fin de compararlo con lo que pasa en el hombre, hallamos mil diferencias inexplicables todas, sino ha de contarse con la inmortalidad del alma. Esta verdad es inconcusamente la clave de todo: por que faltando ella, nada podemos comprender entre la multitud de fenómenos que ofrecen á nuestra investigación, por una parte los instintos limitados del bruto, y por otra los arranques indefinidos de la inteligencia. Oigamos á un autor de estos últimos tiempos, que aplicándose mas y mas al conocimiento de la naturaleza y á las relaciones de los seres, ha trazado con admirable concision, exactitud y claridad el cuadro comparativo de los destinos y facultades del hombre y del bruto. „Los animales, dice, están destinados á servir á las necesidades del hombre, y este á dominar sobre los animales y demas seres de la naturaleza: aquellos no poseen el lenguaje articulado, no pueden adquirir ideas, no han nacido para *conocer*; todo lo contrario sucede con el segundo. Nada importa la sociedad para el bruto, la sociedad, que para el hombre es una necesidad imperiosa. Aquel nace perfecto, es decir, con todas las facultades que necesita para vivir; el hombre nace imperfecto pero perfectible. No está ligado el bruto con deberes ningunos; al paso que el hombre vive siempre bajo el imperio de las leyes morales. Para nada en lo absoluto ha menester el primero de conocer las propiedades de los cuerpos que le rodean, puesto que halla en su organizacion quanto exige la conservacion de su vida: muy al contrario sucede con el hombre, que se halla con mucha frecuencia en el estrecho caso de modificar los objetos externos, á fin de que

sirvan á la satisfaccion de sus necesidades, puesto que para esto no basta su organizacion física. ¿Para qué quiere el bruto la inteligencia, cuando nace con toda la perfeccion que exige su destino? Mas el hombre nunca deja de ser perfectible y siempre se halla en el caso de apelar á su razon. Los brutos están sujetos á su organizacion; mas no pueden exceder nunca estos límites; y he aquí por que el hombre los sujeta: el hombre está servido por órganos; pero incapaz de contentarse con los recursos que estos le suministran, busca en otra parte y encuentra de facto innumerables y eficaces medios con que suple á la limitacion de su economia animal. Los brutos constante y únicamente dirigidos por el instinto, no son capaces nunca de dominarlo, ni les convendría tampoco: el hombre es dirigido por la razon, que predomina en él, y en consecuencia de esto es dueño de contener y sujetar sus impulsos instintivos, y el obrar así es muy conforme á su dignidad y á su bien. Las afecciones del bruto son instintivas, como sus actos; sus deseos muy reducidos como sus necesidades: no puede manifestar sus afectos sino por los movimientos limitadísimos de su fisonomía; sus funciones de expresion son extrañas á las *ideas de la naturaleza de los seres*; no tiene una voluntad libre, nunca puede triunfar de sus sensaciones, contrariar sus deseos, ni oponerse á sus inclinaciones; jamas huye del placer, ni sabe resistir al dolor; obedece á sus órganos, porque ha de vivir aislado y sin deberes; el instinto moral y la conciencia le son desconocidos; y sus medios locomotores están exactísimamente proporcionados á sus necesidades orgánicas. ¿Cuán otro

se muestra el hombre bajo todos estos aspectos! Sus afectos morales son intelectuales, como sus acciones; sus deseos se extienden á lo infinito, cuenta, para expresar sus ideas y sentimientos, no solo con movimientos fisionómicos extremadamente variados, sino con gestos y actitudes numerosas, con una infinidad de expresiones vocales, con el lenguaje articulado, las artes industriales y las bellas artes: sus funciones de expresion son propias para representar *las ideas de las relaciones de los seres*. Su voluntad es libre, resiste á las inclinaciones mas vivas, á los deseos mas ardientes, á las tendencias que tienen mas poder; renuncia al placer y sufre el dolor en las circunstancias en que la razon lo exige; se entrega á la muerte, cuando la virtud le prescribe esta accion como una lei; manda, en fin, á su organizacion, porque debe vivir con sus semejantes y tiene deberes que cumplir; posee el instinto moral y la conciencia: en fin, sus medios locomotores, á los cuales suple su inteligencia, traspasan con mucho. los límites de sus necesidades." (1)

393. Este cuadro comparativo, entre los instintos del bruto y las potencias y facultades del hombre, nos conduce naturalmente á formar una sencilla reflexion, en que vemos una prueba incontrastable de nuestra inmortalidad. El bruto nace ya con todo lo necesario para llenar sus destinos en el curso de la vida; y están tan proporcionadas sus perfecciones á su

(1) *Blaud. Traité élém de physiol. philosoph., t. 1.º pág. 208. Se ha tomado de este autor el fondo de las ideas; pero se ha variado la redaccion.*

existencia, que cuando muere, se verifica una completa consumacion: por que nada de lo que el bruto tiene se extiende á mas que sus necesidades físicas, ni se encamina á otro objeto que la conservacion individual. Al contrario sucede con el hombre: la vida humana es mui pequeño y reducido teatro para la accion de su pensamiento: léjos de estar limitado á las propias necesidades de la conservacion, extiende su mirada mas allá del sepulcro, concibe y ejecuta designios que han de servir á los goces de una inmensa posteridad, muere, y muere pensando en la vida: abandona las riberas del tiempo, pero en el instante mismo en que mira romperse los velos que le ocultaban los atrios inmensos de la eternidad. ¿Cómo explicar esto? ¿Serán iguales los resultados, cuando han sido tan desiguales los medios? ¿Habrán de revolverse para siempre el polvo del hombre y el polvo del bruto? Destruid el dogma de la otra vida, y la razon humana quedará á vuestros ojos como una triste condicion del hombre, como una fuente de miseria, una tentacion continua y desesperadora, como un distintivo de tinieblas, y no como un destello purísimo de la luz increada.

CAPITULO TERCERO.

Pruebas fundadas en las inclinaciones y sentimientos mas comunes entre los hombres.

394. ¿Y qué diremos de las inclinaciones y de los sentimientos que ennoblecen la especie racional? Es preciso á la vista de ellos recurrir á la inmortalidad del alma; por que si no, todo queda inexplicable.